

*Los límites del
movimiento*

HUMBERTO MEDINA



LETRA X LETRA
—CUENTO—

Medina, Humberto

Los límites del movimiento / Humberto Medina. – Medellín: Editorial EAFIT, 2022.

218 p.; 22 cm.-- (Letra x Letra)

ISBN: 978-958-720-820-7

ISBN: 978-958-720-821-4 (versión EPUB)

1. Cuento colombiano – Siglo XX. I. Tít. II. Serie

C863 cd 23 ed.

M491

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Los límites del movimiento

Primera edición: diciembre 2022

© Humberto Medina

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-820-7

ISBN: 978-958-720-821-4 (versión EPUB)

Edición: Cristian Suárez Giraldo

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: 1093182188, ©shutterstock.com

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Editado en Medellín, Colombia

Para Ana Milena y Camila

Contenido

La pesadilla	9
Factory.....	36
Toda esa lluvia.....	71
<i>The Byrds</i>	83
Marie de Montreal.....	105
James Dean II	127
<i>Oh Well Whatever Nevermind</i>	154
Los límites del movimiento	191

*Los límites del
movimiento*

La pesadilla

*A las cuatro y media de la madrugada el tambor dio un largo redoble.
Hubo unas voces soñolientas de mando. Luego palabras bruscas,
apagadas.
En el calabozo, tendidos, los otros presos parecían dormir
o lo simulaban...
Ha sido una obsesión nuestra toda la noche.*

José Rafael Pocaterra, *Memorias de un venezolano de la decadencia*

*Sleep now, O sleep now,
O you unquiet heart!
A voice crying "Sleep now"
Is heard in my heart.*

James Joyce, "Sleep now"

I

Solo había que pasar unos días en la Rotunda para perder la noción del tiempo. Allí las horas se calculaban en sensaciones: el hambre, el dolor en las rodillas, la molestia en la espalda. "Deben de ser las tres", decía el preso de la celda 32, "porque me empezó el hormigueo en las piernas y

eso siempre me da a las tres”. En una cárcel como esta, los presos aprendemos a vivir solo en el presente, en la vida que se tiene en este segundo; no pensamos en que pueda existir un futuro. Registramos el tiempo como si escribiéramos en agua, con la certeza de que los días y las horas no tienen sentido, que el día y la noche son lo mismo y que los gritos y quejidos son solo un ruido de fondo que no calla nunca. Tengo apenas un año en la Rotunda y parece que es una eternidad.

De joven nunca pensé que estaría metido en la lucha política, pero las circunstancias me llevaron a tomar ese camino. Supongo que lo importante en la vida siempre llega por azar. Yo creía que mi destino era ser herrero como mi papá, y desde pequeño me decía que no tenía otra opción que la de aprender su oficio. Hacíamos herraduras para caballos, bisagras y goznes de hierro que servían para darle seguridad y estabilidad a las carretas. También hacíamos trabajos más grandes, como herramientas para agricultores, machetes, cuchillas para cortar pasto y cosas por el estilo. Con el tiempo me volví un herrero con mucho ingenio, así al menos lo decía la gente que venía al taller. Yo trabajaba rápido y con precisión y sabía sacarle filo a todas las herramientas que servían para cortar. “Plinio”, decía la gente, “nada corta como las cuchillas que afila tu hijo”. Y él, orgulloso, decía que yo sería el mejor herrero de Caracas.

En esos días casi no hablábamos de política, no nos interesaba. Al menos yo vivía del trabajo y poco me importaba lo que pasara con el Gobierno. Mi papá a veces se quejaba

y decía que las cosas no estaban bien con Cipriano Castro; él sabía de varios amigos que habían caído presos por hacerle oposición. Un día llegué al taller y tenía el periódico abierto.

—Gómez se quedó con el Gobierno —me dijo—, creo que la cosa se va a poner peor. Muchos celebran aliviados porque nos sacamos de encima a Cipriano Castro, pero esta alegría es rara, es como el respiro aliviado del que se va a morir.

—Dejemos que pase un tiempo —le dije—, a lo mejor Gómez pone las cosas en su sitio.

De alguna manera, Gómez puso todas las cosas en su sitio: la Rotunda. Ese era su sitio. Cuando ya nos habíamos dado cuenta de que la intención de Gómez era quedarse un buen tiempo en el poder y cuando vimos, además, que *la Sagrada* se estaba encargando de meter en la cárcel a todos los que protestaban, decidimos que no podíamos dejar las cosas como estaban. Un buen día, un amigo me dijo que hacía falta gente para organizar una conspiración contra Gómez, que por qué yo no me metía con él. Sin pensarlo le dije que sí. Empecé a asistir a unas reuniones secretas en una casa en La Pastora que era de una mujer con muchas conexiones en la sociedad caraqueña.

—Aquí nos vamos a encontrar con gente importante —me decía—, la otra noche vino Pocaterra y nos pidió ayuda en la comunicación entre los grupos.

—¿Por qué nosotros? —le pregunté—. Nadie nos conoce, pero podemos pasar desapercibidos.

Me animé a participar porque me parecía emocionante estar metido en conspiraciones y ser parte de una red de

comunicación clandestina. Al principio trabajamos bien, manejábamos los códigos y nos movíamos en Caracas con total discreción. Pero el silencio y el susurro nunca son suficientes cuando el poder tiene oídos hasta en las tapias.

En una noche de lluvia, luego de salir borracho de un bar, demasiado confiado y hablador, se aparecieron en una esquina varios de los matones de Gómez. Me agarraron por el hombro.

—¿Usted no sabe que no está bien andar borracho por la calle?

—Disculpen ustedes, mi casa está cerca.

—Demasiado tarde —dijo uno de ellos—, además, no es por borracho que te agarramos, sino por conspirador.

—¿Conspirador yo? pero si soy un simple herrero.

—No te hagas el inocente que tus amigos hablaron de más y tu nombre salió a relucir varias veces.

—¿Ah sí? —dije aún creyendo que me podía librar de esta.

—Y no tenemos que seguir discutiendo nada contigo aquí, eso mejor lo discutimos en la Rotunda.

Cuando nombraron la cárcel a la que todos le tenían pavor, la borrachera se me pasó en el acto y supe que nada me salvaría, que la tierra me tragaría y no sentiría la luz del sol por un buen tiempo.

La Rotunda es una cárcel diseñada para que los guardias, desde la garita central, puedan tener un panorama completo de todas las celdas. Desde que uno entra por una pequeña puerta, que parece más bien un túnel, los carceleros te reciben con el cinismo propio de quien ejerce un poder ilimitado sobre los demás, un poder que es principalmente sobre el cuerpo. La Rotunda la dirigía en ese mo-

mento un hombre llamado Nereo, que poco se dejaba ver pero sí que se hacía sentir. En cada decisión, en cada tortura y en cada castigo estaba impreso su nombre. Desde el primer día de mi ingreso fui catalogado como “peligroso”. No supe la razón, nunca me explicaron mi peligrosidad, al parecer quien delató al grupo me mencionó como uno de los cabecillas a pesar de que no lo era. Quizás estaba protegiendo al verdadero cabecilla del grupo o quizás solo quería dar un nombre y en mala hora recordó el mío.

—A estos hay que tenerlos engrillados —dijo Nereo.

Me subieron al segundo piso de la Rotunda y me metieron en la celda número 40. Allí me dejaron varias horas, esperando a que me pusieran los grillos. Confieso que como herrero supe valorar esas terribles piezas de tortura. Los grillos de la Rotunda estaban compuestos por una pesada barra de metal de unos treinta centímetros que se fijaba a los tobillos con dos piezas de hierro en forma de U. El grillo se remachaba y allí quedaba uno, pegado al piso por unos quince o veinte kilos de metal que no permitían que uno caminara más de cuatro pasos sin reventarse los pies. Algunos presos le ataban una soga que luego pasaban por los hombros para levantarlos un poco y así aguantar mejor el peso del hierro. Los carceleros, cuando estaban de malas y veían a alguno de los presos con esos artilugios, se acercaban y cortaban la soga de repente para que el grillo cayera sobre el pie, obligando al preso a llevarlo como era debido, como el instrumento de tortura que era.

Las primeras noches fueron una verdadera pesadilla, como supongo son las primeras noches en una cárcel de

dictadura. El ruido, los quejidos de los otros presos y los susurros de quienes tratan de mantener un buen ánimo. Pero quizás lo que hay que aguantar con más fuerza sea el aislamiento. Toda relación con el exterior de un momento a otro queda mutilada. No hay manera de enterarse de lo que pasa fuera de la cárcel, no hay noticias, no hay día, no hay noche, no hay ruido de calle, nada. Apenas algunos presos valientes se atreven a hacer exigencias, como libros o papel y lápiz para escribir, algunos también logran obtener de la calle información que luego dejan correr por las celdas como si contagiaran una enfermedad. Más allá de eso, el control que Nereo y sus carceleros tienen sobre la vida de los presos es total. Las rejas de las celdas generalmente estaban tapadas por telas que los mismos presos colocaban para tener un poco de intimidad, pero era solo una ilusión porque los carceleros podían entrar en cualquier momento para aplicar un poco de terror o simplemente para llevar al límite nuestra resistencia.

Así pasaron mis primeros meses, y en ese terror comenzaron las pesadillas. Las primeras no tenían imágenes, solo ruidos. Me despertaba gritando en las noches, sudoroso y tenso por los quejidos de dolor con los que soñaba. Cuando dormía los escuchaba y al despertarme seguían allí, como si se hubieran filtrado al mundo real. Unos dos meses después de las primeras pesadillas comencé a ver en los sueños imágenes muy claras. La primera de ellas fue la de una herramienta que diseñé cuando empecé a trabajar como herrero con mi padre. Era una herramienta de la que me sentí orgulloso cuando la construí porque pensé

que con ella podría revolucionar el trabajo en el campo, pero que resultó ser incómoda en la práctica y los pocos campesinos que la usaron dijeron que el machete seguía siendo más eficiente. Como soy herrero y esta historia también tiene que ver con la herrería voy a comentar el origen de esa herramienta que, después de varios años, volví a ver en mis pesadillas.

La idea se me ocurrió viendo a mi padre desmalezar con mucho trabajo parte de nuestro terreno. Como se le cansaba el brazo y se pasaba pesadamente el machete de una mano a otra, se me ocurrió construir un guante de cuero que tuviera incorporadas unas cuchillas en sus dedos. Pensé que podía ser útil para cortar el monte: uno simplemente pasaba la mano por la maleza, como acariciando el pasto, y las cinco cuchillas cortaban todo en pequeños restos fáciles de rastrillar. Mi papá me dijo que era una idea absurda, pero yo quería ponerla a prueba.

Con dedicación me puse a temprar y afilar las cinco navajas de hierro. Las hice largas como un cuchillo de cocina, pero mucho más delgadas de manera que fuese fácil mover los dedos. El guante lo hice yo mismo con un pedazo de cuero de buey; no era muy cómodo, el cuero era bastante duro, pero esa dureza era necesaria para que las cuchillas se fijaran bien. Hice una especie de dedales de hierro a los que les conecté las cuchillas con remaches; y esos dedales, ya armados, los fijé en el cuero con tornillos de acero. Me puse el guante y moví la mano para ver cómo funcionaba todo el mecanismo. No puedo negar que me sentí diferente, como si mi mano se hubiese transformado en una garra y adquirido vida propia.

Desde que empecé a soñar con el guante, en mis noches de pesadilla en la Rotunda, el ambiente en la cárcel se volvió más lúgubre y silencioso. Nunca había habido tanto silencio como en esos momentos entre el sueño y la vigilia cuando creía ver sombras y siluetas que caminaban por la puerta de mi celda. Veía un destello de luz y el filo del guante atravesando las paredes. Sentía el ruido de las navajas cortando el aire y en seguida veía las heridas en las paredes y la luz que se filtraba por ellas como sangre blanca. Me despertaba de golpe sin saber si cuando abría los ojos estaba realmente despierto. Cuando me levantaba de la cama y veía las paredes de mi celda intactas sabía que había sido un sueño, pero un sueño que se colaba hacia la vigilia como una advertencia silenciosa de lo que vendría. En ese momento sentía la cárcel callada y oscura, muerta en cada rincón.

Tenía miedo de dormir porque sabía que la pesadilla me seguiría acosando. Cada vez que soñaba con el guante y con el filo de las navajas tenía la sensación de que las cuchillas se acercaban cada vez más. Las paredes me iban cercando y me encerraban como si estuviera atrapado dentro de un armario. Una noche la pesadilla fue tan real, sentí los cortes de las navajas tan profundo en mi cuerpo, que no pude evitar soltar un grito en medio de la noche. En seguida vinieron los carceleros, vino el propio Nereo a poner orden, y me sacaron de la celda a golpes de fusta y rolo.

—¿Cómo es eso que usted está gritando en medio de la noche? —me preguntó.

—Tuve un mal sueño.

—Pues ahora va a tener un mal despertar —me dijo y me llevó a la planta baja y me tuvo parado toda la noche en el patio mientras me azotaban en la espalda con una cuerda. No se me permitía moverme ni sentarme ni tirarme al piso, debía estar parado en el mismo sitio hasta que saliera el sol o hasta que a los carceleros les diera la gana. Estuve allí no sé cuántas horas hasta que las rodillas ya no soportaron más y caí al piso. Fue mi vecino de celda, que hasta ese momento no conocía, quien, con un grito que llenó la cárcel, obligó a los carceleros a que se apiadaran de mí y me llevaran de nuevo a mi celda. Cuando me subieron, me derrumbé en el catre y con un resto de aliento le di las gracias a mi vecino y le pregunté su nombre.

—José Rafael Pocaterra —me dijo.

—¿El escritor?

—Así es.

—Nunca pensé que usted pudiera caer preso.

—No es la primera vez, me estoy empezando a acostumbrar.

Desde ese día empecé a conversar con Pocaterra. Le conté de mis pesadillas y él se interesó mucho en las imágenes que me acosaban en las noches, le fascinó la imagen del guante con navajas que yo mismo había inventado.

—¿Por qué no escribe sobre ese guante? —me dijo.

En un primer momento no entendí, pero luego Pocaterra me explicó que escribir a veces ayuda a olvidar las pesadillas. Él había estado escribiendo una especie de diario o memorias que, según él, lo había ayudado en todos los años que había estado en la cárcel.